

Donde quiera que estés

Wilber Bustamante del
Castillo

Vocal de la Corte Superior de
Justicia del Cusco

Asesor de la revista de derecho
YACHAQ

A pesar de mis urgencias, no recuerdo bien porque decidí ir por aquella avenida. Era impresionante la cantidad de revistas, colecciones y libros de segundo uso, que pude ver regados en el duro pavimento. Una tentación algo congénita me hizo zambullir, como un can hambriento entre desperdicios, en la búsqueda de algún tratado de Filosofía Bizantina. Las arduas discusiones entre capadocios y arrianos y el interminable misterio de la trinidad me habían tenido intrigado desde siempre, a punto de despertar mi curiosidad por aquel tenaz impulso especulativo. En la difícil búsqueda, de paso decidí adquirir el Código de Honor del Márquez de Cabriñana y un pequeño libro sobre espeleología, materias de las que ignoraba casi todo. Hasta que finalmente, pude hallar un pequeño manual editado por Siglo Veintiuno: "Historia de la Filosofía: del mundo romano al islam medieval".

En realidad, esta fue la razón por la que llegué a destiempo a la entrevista. Por lo menos, así lo creía. En definitiva, pensé que otra vez, un buen empleo se iba de las manos. Pensé también, en el rostro perturbado de mi mujer. Aquejada por una especie de celo y de jaqueca, se pondría insoportable por lo menos un par de días. Era difícil; pero, los libros me servirían del algún modo para ignorarla.

Camino a casa, mientras una "combi" fue escabulléndose entre el hormigueo de vehículos y entre una tarde que iba siendo abrasada por luces amarillas, me entretuve pensando en todo aquello. Era una verdadera suerte encontrar libros tan baratos. Curiosamente, pensé también en el empleo que pude haber tenido. A pesar de que no tenía camisas con manga lar-

ga, me imaginaba con las mangas arremangadas mostrando un gesto adusto e importante detrás de un escritorio. Sin embargo, cuando llegue a casa, terminó aquella fascinación por los libros y el empleo.

Mi mujer estaba viendo su telenovela favorita y con brillo parecido en los ojos, hizo aquella pregunta que entre nosotros, ya no necesitaba palabras.

—Lo siento, amorcito — le dije — la recomendación no fue suficiente. Hubo alguien que llevó la tarjeta de un Congresista. ¿Te imaginas mi amor?

Curiosamente mi mujer parecía estar comprensiva o cansada para estallar en berrinches. Algo rendido, dejé los libros sobre el velador y fui al lavabo a mojarme la cara. Yo tenía pensado decirle que aquellos libros los obtuve en préstamo de algún amigo, por lo difícil de nuestra situación financiera. Al regreso, sin embargo, vi que mi mujer hojeaba los libros con esa curiosidad con que solía descubrir situaciones impensables.

—¿Soffa...? — dijo algo excitada, y completó la pregunta con una mirada que yo conocía. No necesitaba más palabras.

Me tomó desprevenido. Algo celópata como era, tuve que obrar con cautela. Me acerqué hacia ella y vi que en la primera página de aquel Manual de Filosofía Bizantina había algo que yo no había advertido. Una firma, una fecha y un nombre: Sofía.... Confieso que tuve un pequeño momento de confusión y azoramiento. Sin embargo, al momento pronuncié algo que no había previsto decirle: la verdad, aunque sea a medias. Le dije que me lo ofrecieron en la calle a un octavo de su precio normal: una verdadera ganga en estos tiempos. Mi mujer, como se puede imaginar, puso una mirada profunda, incrédula e impenetrable. Esto solía ocurrir algunas veces.

—La fecha es muy reciente — comentó luego — es como si lo acabaran de comprar. Libros tan nuevos no venden en la calle o en el baratillo o...

—Pues algunas veces ocurre — respondí — pudo haber sido una estudiante necesitada. ¿Sabe Dios qué urgencias pudo tener?

Era por demás, mi mujer no iría a creer nada de aquello. Conocía cuando miraba de aquel modo.

Luego de unas dos horas, mientras estaba en la cocina preparando una sopa ligera, ella además agregó:

—Un día de estos, voy a darte de comer libros.

Durante los días siguientes, de algún modo pensé que las cosas quedarían así. En verdad, casi ni pensé en el asunto. De cualquier modo parecían cosas rutinarias destinados al olvido, casi inmediato, igual que las veces en que no llegué a casa por las tentaciones del alcohol. Grave equivocación. Mi mujer, inusitadamente empezó a desplegar un hábil talento policiaco. Fue sorprendente. Me sorprendió con preguntas que yo jamás me hubiera imaginado. Se portó como una soberbia investigadora.

—Nunca fuiste a la entrevista —dijo enfrentándome— fui a averiguar hasta aquel Ministerio. Las mujeres tenemos un sexto sentido. ¿Sabes?
Como era habitual sus ojos completaron la pregunta.

Me sentí indefenso, como si hubiera sido expulsado del paraíso sin una hoja de parra.

—Oh mi amor —le dije, tratando de salvar la situación—. Lo siento; pero, si te hubiera explicado esa congestión vehicular en el centro, tú no habrías entendido. Tú sabes cuánto quería ese empleo.

Imposible convencerla. Ni aún durante la noche en que trataba de acariciarla y decirle al oído susurros que solo nosotros podíamos entender. Yo esperaba los resultados de otros tiempos. Debido al efecto mágico de aquellos susurros, apuesto que esa misma noche hubiéramos celebrado un tratado de paz magnífico y duradero.

Pero las cosas resultaron más complicadas. Absurdamente aquel asunto intrascendente generó un estado de beligerancia. Mi mujer, obstinada en sus propias ideas, fue desarrollando un sorprendente y perspicaz razonamiento analítico. Así, luego de enterarse de que no acudí a la entrevista señalada, buscó la razón (temo que ya la tenía), para explicar mi extraño y sospechoso comportamiento.

Por supuesto, antes de estos acontecimientos, mi mujer no había tenido jamás ni la más remota afición a la literatura policiaca. En general, temo que era víctima de un prejuicio atávico contra los libros sean estos los que fueran, incluyendo los libros de cocina. Ross Macdonald y Dashieell Hammett, por ejemplo, no eran nada en su mundo. Su universo, era menos complicado y estaba compuesto de cosas más tangibles, de artefactos y hasta de un poco de salsa y música cumbiambera. Pero, contra todo pronóstico, nunca dejará de sorprenderme su instintivo talento policiaco.

Se propuso una tarea insensata: averiguar quién era la tal Sofía. Yo no tuve más remedio que sonreír, considerando la inmensa cantidad de hombres de bien que soporta la ciudad y lo ridículo que representaba aquella idea. Mi mujer, sin embargo, de algún modo se las ingenio para poner operativo un plan absurdo. Estaba confiada en su sexto sentido.

—No hay nada imposible —me dijo un día, optimista y celópata como siempre—. Tú sabes que hay poquísimas mujeres aficionadas a los libros, especialmente a estos libros raros.

Este fue el punto de partida. Enseguida, no fue nada difícil deducir donde podía ubicarla a la propietaria del aquel pequeño Manual de Filosofía Bizantina. Al cabo, había pocas universidades que ofrecían esa especialidad. Por cierto, sus intuiciones resultaban algo sorprendentes.

Difícil de creer. Un atardecer en que cansado de esperarla, intentaba cocinar algo de arroz y huevos fritos, mi mujer apareció bajo el umbral de la puerta. Tenía una faz insoponible y algo de congestión por el invierno.

—La conocí —me dijo con un tono nasal—. Yo sabía que estabas mintiendo. Yo sabía que era estudiante de aquella universidad. La muy p..., cree también que negándolo todo va a convencerme de que entre ustedes no hubo nada. Yo sabía...

Ella parecía estar enterada de todo. Inclusive me dio la dirección de la tal Sofía. Luego, hubo una pequeña conflagración. Ella, conocedora de que apenas si nos unía una relación que ella llamaba amor y lo asumía como conveniencia, amenazó con irse a casa de sus padres. Parecía decirlo muy en serio. Quizás lo decía en serio.

Como es natural yo traté de convencerla de lo terrible de aquella situación. De su falta de tino para importunar a personas que nada tenían que ver con este asunto. Pero, ella estaba obsesionada en recordarme lo cínico, lo desgraciado que era y sobre todo, la infeliz que la había hecho. Era inútil cualquier intento de poner las cosas en calma. No había modo de llegar a un armisticio. De este modo, en algún momento, creí conveniente recordarle sus amenazas. Ella no se amilanó en ningún momento, tomó algunas valijas en exceso y se fue a casa de sus padres.

Yo deje que se fuera.

Al cabo, no éramos casados y no teníamos demasiado tiempo juntos. Pensé sobreponerme rápidamente. Cuando estuve solo, sin embargo, reflexioné sobre el extraño giro de estos acontecimientos. Una pequeña y tímida mentirilla que fue creando un malentendido de proporciones inusuales. Confiaba en que el tiempo me daría una salida razonable. Durante esa noche, pensé también que era imprescindible ir donde la tal Sofía y pedirle las excusas necesarias. No tendría mayor problema, gracias al espíritu tenaz de mi mujer, tenía su dirección.

Repuesto ligeramente de la escaramuza de la noche anterior, al día siguiente decidí ir en busca de Sofía. Cuando pulse el timbre de un pequeño departamento, dudé mucho sobre las cosas que debía decir. No encontraba en el fondo una justificación lo suficientemente diplomática. Entonces, una mujer de rasgos tímidos, huellas de lentes en las narices y bastante joven, abrió la puerta. Tuve la certidumbre que era ella.

—¿Sofía? —pregunté.

Ella asintió. Algo azorado al comienzo, tuve que explicarle las razones de mi visita inoportuna. Luego no tuve mayores dificultades en explicarle el curioso modo en que ella estaba involucrada en aquel asunto. Sofía, invitándome a pasar a una acogedora salita, me fue escuchando con una paciencia sobrecogedora. Luego de un rato, advertí cierta sonrisa en la comisura de sus labios.

—Lo curioso es —me dijo— que un día se te planta una mujer a quien jamás has visto. Te pide hablar a solas con ella, tu accedes y como una loca te dice que le estas quitando al marido...

Fue una fructífera y necesaria conversación. Me sentí tranquilo y como si hubiera ido a comulgar, deje de tener cargos de conciencia. Ese día llegué a casa silbando y con las manos en los bolsillos. Estaba muy contento de haberla conocida. Inconscientemente, durante la noche, escuché algunos temas románticos y no pude concentrarme en la lectura de unos

pasajes del pensamiento de Maimónides. Tenía una sensación extraña, una especie de arrebatado. Esa noche, sin embargo, no sentí la necesidad de contar con la presencia de mi mujer, casi para nada.

Yo siempre he confesado mi timidez con las mujeres. No soy un tipo al que las mujeres suelen mirar con cierta coquetería. En el pasado, esta timidez ha sido causa de muchos conflictos y frustraciones. Por esta razón, a menudo me obligaba a refugiarme en los goces de la literatura, en el que la poesía y la filosofía también estaban implicadas. Sentía rabia el sentir que era distinto a los demás muchachos de barrio. Melenudos y parlanchines, iban levantándose a cuantas chicas llegaban al barrio. Con mi mujer no fue nada diferente. Como dependiente de una disquera en donde yo frecuentaba por mi afición al rock heavy, a la música latinoamericana, fue ella quien tomó la iniciativa.

—A tí te conozco del algún lado — me dijo — me parece haberte visto en casa de...

Por supuesto, aquello era un pretexto. Yo tenía un empleo a medio tiempo y estaba a punto de concluir mis estudios de Derecho (hacía mucho tiempo que estaba a punto de concluirlos). Entonces, ella encontró el modo sutil para que pudiéramos tener nuestra primera cita. El resto, no fue nada complicado. Dejé la responsabilidad a mis instintos.

Una noche, sin embargo, nos quedamos profundamente dormidos. Amanecimos extenuados en mi pequeño departamento. Había que pensar en las explicaciones ante su padre. Muchas explicaciones para el caso. Entonces, admiré su decisión. Ella terminó imponiéndose y cargada de sus vituallas se vino a vivir a casa. Yo estaba feliz con ella, sobre todo con el sexo y, termine prometiendo matrimonio, apenas pudiese graduarme de abogado y de encontrar un empleo digno y mejor remunerado.

Pero, después de aquellos inusuales acontecimientos en la que Sofía era una parte. Sentí que mi mujer había dejado de parecerme interesante; aunque, en realidad nunca lo había sido. Tenía algunos encantos, por cierto, sus voluminosos senos y su afición empírica a la cocina. Difícil olvidar sus deliciosos ceviches de conchas negras, su carapulcra, etc.

En realidad, sentí que quien me hacía falta era Sofía. Quería volver a verla. Es decir, encontrar alguna razón para visitarla de nuevo. Cualquier motivo era bueno. La casualidad (que yo vaya a la Universidad, por ejemplo), era una de las pocas posibilidades, destinadas al éxito. Sin embargo, en un momento tuve una idea más sensata: iría a devolverle aquel Libro de Filosofía Bizantina.

Así fue. Sofía me recibió como si viera en mí un viejo amigo. Estuvo encantada con la devolución de un Libro que ella creía perdido para siempre. “Me lo robaron en el bus —dijo— estaba en mi bolso”. Enseguida, nos perdimos en los goces de una conversación que mi mujer jamás había podido ofrecerme. Sofía era una aplicada estudiante de literatura, a punto de graduarse, y; por casualidad (para suerte de mi mujer), durante esa temporada estaba tomando libremente algunos cursos de Filosofía Medieval.

Pensé que era la mujer que me hacía falta. No era bonita, aun cuando mi madre hubiera dicho que parecía tener un Belleza espiritual. Ella, siempre me previno, acerca de las mujeres bonitas y vacías. “Tu padre se fue con una de esas”, solía recordarme cuando niño. Yo no recuerdo mucho a mi padre, ni que este haya regresado.

Mi atracción por Sofía, como era de esperar, llegaba a perturbarme algunas noches.

A menudo incursionamos en campos de los más absurdos. Entre otras cosas, por ejemplo, yo trataba de convencerla de la necesidad de introducir la justicia privada. De restaurar y actualizar los duelos según las reglas del Marqués de Cabriñana (un tanto salvaje para su gusto). Al cabo, serían menos engorrosos que ciertas querellas judiciales. Ella, como es obvio, tenía sus reparos. Quería más bien, un duelo más civilizado. Algo que pudiera parecerse a las discusiones bizantinas. Los contendientes tendrían el privilegio de liberar sus demonios y decir cuántas cosas quisieran decir a su oponente. Apenas si dos o tres palabras estarían proscritas (las mentadas de madre entre ellas)

Parecía ser una relación con un destino predecible, casi inmediatamente.

Un día, sin embargo, sucedió aquello que yo había previsto. Mi mujer apareció con lágrimas en los ojos y con todas sus vituallas, decidida a instalarse nuevamente en casa. El maquillaje, le hacía buen juego.

— Mi amor — dijo — perdóname, pero sabes que no quiero perderte, que no puedo vivir sin ti...

Fue como un baldazo de agua fría. Difícil narrar lo embarazoso que fue para mí deshacerme de ella. No es nada fácil, por supuesto, deshacerse del pasado, de ciertas costumbres del pasado. Sus torrenciales lágrimas estaban a punto de debilitar mi voluntad. A pesar de todo, ella volvió a instalarse en casa, confiada seguramente en que yo terminaría cediendo.

Contra todo pronóstico, durante esos días me mantuve incólume, durmiendo en un sillón como un estoico. Me dabas fuerzas pensar en Sofía, en lo misterioso de su cuerpo trigueño. Mi mujer también insinuaba, y yo me veía obligado a acudir a mis propios consuelos. Les confieso que no tenía otra opción.

No era fácil encontrar el modo de echarla de casa. Los sofisticados métodos diplomáticos no parecían ser los más adecuados para persuadirle que lo conveniente para ella era que regresara a casa de sus padres. Mi mujer parecía un hueso duro de roer. Con la convicción que otorga el llanto, juraba que sería imposible que pudiera vivir sin mí. Entonces, pensé en inusuales y tenebrosos procedimientos para deshacerme de ella. Accidentalmente de las escaleras, aumentarle su dosis de *diazepam* y hasta de hacerla víctima de un atentado terrorista. Pero, en casa no había somníferos, ni escaleras peligrosas y los atentados terroristas eran cada vez más escasos.

Hasta que un día, ofuscado por ideas insensatas y aconsejado por algún amigo, decidí tomar unas pequeñas vacaciones, para poner las cosas en orden. Viaje hacia el sur, hacia el valle de los volcanes, al pie del Misti, donde algunos parientes de mi difunta madre. Por supuesto, mi mujer no estuvo enterada.

De regreso, sin embargo, me sentí terriblemente espantado. Mi pequeño departamento había sido saqueado casi completamente. Ningún artefacto ni utensilio de cocina. El mobi-

liario había sido reducido a un camastro desvencijado, sin mantas. No parecía existir explicación. Cuando trataba de comunicarme con la policía, casualmente encontré un mensaje cerca a la puerta. Era la letra de mi mujer. Casi pude adivinar, además de maldecirme: "me llevó lo que me corresponde...", además de unas frases en las que hacía una alusión innecesaria a mi difunta madre. Ella por supuesto nunca compró nada de aquello. Debí pensar, sin embargo, que no había perdido su pragmatismo y que el saqueo efectuado en mi departamento, era una suerte de resarcimiento de daños y perjuicios. Yo la había perjudicado.

Esa fue la última vez que recibí un mensaje de mi mujer. Como era de esperarse, durante un breve tiempo batallé para recuperar algunos de los muebles. Sobre todo por aquellos dejados por mi finada madre, junto a mi pequeño departamento. Sin prejuicios, tienen un valor sentimental para mí. Después, sin embargo, empecé a ver las cosas con mayor optimismo. Había que pensar en el lado positivo de aquel asunto: Sofía.

* * * * *

Sofía, es una muchacha inteligente. Empieza a tomar unos cursos de cocina y repostería. Aprende muy rápido. A menudo pasamos los fines de semana retozando en mi pequeño departamento. También pensamos en nuestro futuro. Hacemos planes, para pasar nuestra luna de miel en una de esas espectaculares grutas formadas por carbonato cálcico. Un rito ancestral cerca al fuego, para encontrarnos a nosotros mismos. Es una idea interesante, no cabe duda. Aunque temo que antes de que esto ocurra, Sofía amanecerá dormida en mi pequeño departamento, yo tendré que darle explicaciones a sus padres y etc.

De vez en cuando, pienso también en quien fue mi mujer.

Donde quiera que esté, con gratitud y sin rencores, espero que le vaya muy bien.